

CAPITULO IV.

ESTUDIOS HISTORICOS DEL CATOLICISMO EN LOS
SEIS PRIMEROS SIGLOS.

Es uno, y sin embargo tolerante: invariable, pero favorable al progreso.

Las impugnaciones al catolicismo han provenido casi siempre de sistemas históricos erróneos.— Método en la esposicion de los hechos.— En qué sentido es inmutable y móvil el catolicismo.— Su fundacion.— Movimiento de dilatacion en este periodo.— Dirígese al individuo y reforma al hombre intelectual y moral.— Descripción de lo que era entonces la antigua sociedad.— Tres siglos de persecucion.— Consideraciones sobre la divinidad del catolicismo, su unidad y su tolerancia.— De su doctrina sobre la sumision debida al poder.— Constantino da la paz á la Iglesia.— Siempre invariable el cristianismo, se muestra favorable al progreso.— Heregias, Concilios.— Respuestas á las diversas acusaciones que se han hecho á la fé católica de haber variado en los primeros siglos.— Discusion de los hechos.— Esposicion de su doctrina.— Hombres de talento dedicados á defender la Iglesia.— De la civilizacion que difunde en medio de la irrupcion de los bárbaros.— Conversion de Clodoveo.— Gregorio el Grande.— Conversion de la Inglaterra.

À medida que el catolicismo ha recorrido su carrera de civilizacion por entre las edades, no ha cesado de hallar obstáculos en su tránsito; pero siempre los ha vencido. Trofeos adornaron su cuna, y sus combates han sido despues otros tantos triunfos. Participando de los atributos del Ser Divino, cuya obra es, no ha cesado jamas de oponer su poder á la fuerza para vencerla, su activa inteligencia al error para confundirle, y al ódio y al vicio su amor para arrancarles el disfraz y destruirlos. Desde su origen hasta nuestros dias es este un milagro que basta para imprimir en su frente el sello visible del Eterno. Con todo, las preocupaciones y las pasiones, ó con mas frecuencia acaso la razon emancipada de la única autoridad que puede preservarla de sus propios excesos, han atenuado la verdad de los hechos, cuya causa y consecuencias han llegado á ser objeto de falsos juicios. De aquí tanta variedad en los puntos de vista bajo los cuales se han querido considerar, y tantas diferentes opiniones como de ellos se han formado. Esto explica cómo las impugnaciones dirigidas contra el catolicismo han procedido siempre de los sistemas históricos erróneos, donde sus enemigos han buscado sin cesar armas para combatirle. Esto es lo que siembra todavía el órden intelectual y social de dudas para el entendimiento, y de amarguras para el corazon. Esto es lo que ofrece peligrosas lecciones á la avidez de la inesperienza, divisas extravagantes á la imitacion de la medianía y para-

ellos que tranquilizan la mala fé de los vicios. Allí es donde la juventud, espuesta á las mas pérfidias insinuaciones, se agita al rededor de nosotros, toma por nuevas revelaciones de la verdad las mas lastimosas aberraciones del entendimiento, y aprende á encerrarse obstinadamente en el solitario círculo de pasiones incomprensibles, de ambiciosos deseos y de sueños sin resultado.

Mientras que se ensalza al catolicismo con cierto tono sentimental y romántico que seduce á los que se paran en las apariencias, se le despoja del sello que justifica la legalidad. Se ha intentado explicar su historia con las solas causas humanas y naturales, sin intervencion alguna del principio divino, como la fé cristiana le entiende. Este es un error fundamental y la fuente primera de tantas filosofías de la historia, cuyo peligro se oculta entre la infinidad de opiniones y de sistemas. Acusan de intolerante al catolicismo, porque es *uno* en su fé; y de contrario á todo progreso, porque es invariable en sus dogmas y moral. Fácil nos será justificarle de esta grandísima injusticia que se le achaca. Otros, lo han hecho antes tan gloriosamente, que parecería de nuestra parte temeridad, si intentáramos igualarlos: bástanos proponérmolos por modelos. Sin embargo, no seguiremos la misma marcha que han trazado estos hábiles escritores tan dignos de ser nuestros maestros. Unos adoptaron el método analítico, cuya inmensa ventaja es satisfacer al hombre que solo busca hechos. Otros

preferieron el método sintético, que presentando el tejido de todos los hilos de la historia, ofrece el interés completo de una relacion seguida. El método que vamos á seguir, participa de los dos. El orden de los tiempos nos traerá los hechos mas notables de la historia que arrojan verdadera luz sobre la cuestion que nos ocupa. Segun el alcance de nuestra corta inteligencia, los presentaremos en su forma sintética con todo el movimiento y vida de que son capaces; y sometiéndolos despues al crisol de la análisis, nos esforzaremos para ilustrarlos con toda la luz que pueda reflectir un juicio prudente, para deducir de ellos las consecuencias relativas á nuestro objeto.

Signiando así el catolicismo en sus reveses y triunfos, en sus pruebas y victorias, en sus combates y vencimientos, trataremos de la discusion de los hechos, para rectificarlos contra aquellos que han podido desfigurarlos: justifiaremos la accion providencial sobre la Iglesia contra los que han querido negársela, y aparecerá la historia perfectamente acorde con la esposicion que hemos dado del catolicismo, en presencia de las necesidades de la sociedad. Se nos presentará en el mundo moral como el astro del dia en el natural, derramando una benéfica claridad sobre el dogma, la moral y todos los ramos de los conocimientos humanos, siempre idéntico por su admirable unidad y su perfecta armonía; y sin embargo, siempre moviéndose por los diversos elementos que las ecsigencias

de los tiempos han hecho predominar, inmutable y móvil. Inmutable en sus dogmas, en su moral y en su gerárquica constitucion, que estendiéndose han llegado á ser mas esplicitas, sin adquirir nada de nuevo: móvil en sus instituciones secundarias ó de pura disciplina, que acomoda á los movimientos de la sociedad en que toma parte por su estrecha union con la humanidad. De suerte, que para él las épocas de ascension ó decadencia no pueden causarle mejora ó deterioro intrínseco, sino únicamente alterar los límites en las relaciones mas ó menos íntimas de identidad entre los pueblos y las mismas instituciones. Así el movimiento social, ligado al catolicismo por los elementos comunes á ambos, nos les presentan en un estado progresivo aunque queda inmutable. Lejos de ser una simple apariencia del progreso humano, es su vehículo; es causa y no efecto.

El periodo de los seis primeros siglos de la era cristiana, es un gran movimiento de dilatacion, por el que la Iglesia, como conquistadora, toma posesion de los pueblos conocidos: este movimiento fué grande y generoso. Su objeto fué el establecimiento estenso de la fé y de las grandes instituciones del cristianismo; y sus resultados trajeron el adelantamiento de la inteligencia y de la voluntad humana. Este juicio, que el catolicismo mejoró al hombre individual en los primeros siglos de su ecsistencia para llegar despues á la sociedad, entra perfectamente en el pensamiento del historiador de la civi-

lizacion europea, que dice (1): "El cristianismo en los primeros siglos de su ecsistencia no se dirigió en manera alguna al estado social: cambió al hombre interior sus creencias y sus sentimientos, y regeneró al hombre moral y al intelectual." Tal es tambien el punto de vista bajo que han considerado nuestros historiadores católicos aquellos primeros siglos: dice otro escritor tan sábio como modesto (2): "Hubo en el recinto de la fé y de la vida cristiana un poderoso progreso intelectual y moral. Los hábitos individuales se formaron enteramente y se afirmaron bajo el punto de vista del entendimiento y del corazon: penetró el pensamiento evangélico en todas las circunstancias y accidentes de la vida: en fin, el hombre se encontró cristiano en el mas lato sentido. Los afanes apostólicos, la invencible constancia de los mártires y el sublime ingenio de los santos Padres, nos dan la muestra de la alta inteligencia y del heróico valor de voluntad que distingue su carácter." Sin embargo, esta regular progresion de todo durante seis siglos por un movimiento expansivo hácia las magestuosas proporciones que convienen á la sociedad católica, reveló al mundo que el cristianismo es *uno, y sin embargo tolerante; invariable, y con todo favorable al progreso.*

El mundo que venia á conquistar el cristianismo

(1) Guizot, *Historia general de la civilizacion en Europa.*

(2) El presbítero Blanc, catedrático de historia en el colegio de Estianislao.

era un gran cuerpo que parecia abandonado por el espíritu. La razon se estinguia en las tinieblas de la supersticion y de la duda: la conciencia espiraba en los placeres, y el órden moral desaparecia. Todo el género humano estaba sumido en el mundo exterior; y una precoz corrupcion, lejos de dar madurez á los entendimientos, impedia su progreso con una disipacion del pensamiento siempre mas sensual. De aquí esa codicia de riquezas y de lujo, ese furor de deleites y de mando, la opresion de los débiles, la tiranía odiosa de los fuertes, el envilecimiento del otro secso, el oprobio de la pobreza y la dura esclavitud de los vencidos, tantas ciudades destruidas y tantas naciones reducidas á la mas deplorable servidumbre. Es verdad que en la Grecia brillaban con vivo resplandor un gusto puro en las artes y un ingenio sutil; pero ¿quién se atreveria á referir las ceremonias de los dioses inmortales usadas entre ellos y sus impuros misterios? Cualesquiera que sean hoy nuestros progresos en las artes y las ciencias, los adelantamientos de la industria y la actividad de nuestras comunicaciones y nuestras obras, puede dudarse que saliesen perdidosos los romanos en la comparacion de los resultados aparentes, y que ninguna otra nacion, presente jamas un aspecto mas seductor de prosperidad y de poder. Pero ¿qué fué en resúmen la civilizacion romana en su mas floreciente época? La mayor opresion de la multitud y la corrupcion general mas espantosa. La gravedad romana consagraba en

honor de sus dioses las impurezas del teatro y los sangrientos espectáculos de los gladiadores. Los filósofos, que al fin habian reconocido que habia un Dios diferente de los que adoraba el vulgo, no se atrevian á confesarlo: y aquellos por conceptuados por mas sábios, guardando el secreto, la iniciacion, solo se distinguian del vulgo en el mas frecuente hábito de los placeres. Veíselos, ó condenados ó lisonjeando la opulencia, dedicarse á sus propias satisfacciones; y en las mas opuestas especulaciones, hasta en la indigencia cínica y el estoico fatalismo, reducir siempre á sistema la reputacion y el deleite. Avasallados los pueblos habian caido en el último grado de embrutecimiento: los mismos judíos no estaban esentos de este impulso comun. Se habia declarado entre ellos la ambicion: habíanse hecho árbitros de la doctrina y de la religion, que convertian insensiblemente en supersticiosas prácticas, útiles á su interés y á la dominacion que querian establecer sobre sus conciencias. Poseidos de un vano orgullo se atribuian á sí mismos el don de Dios. Como casta elegida y siempre bendita por espacio de dos mil años, se creia santa por naturaleza y no por gracia.

¿Qué de obstáculos para la fundacion del cristianismo! Era necesario confundir la prudencia del siglo, burlar la ciencia de los filósofos, convencer de su error á los mas hábiles, de su locura á los cuerdos, de su ignorancia á los sábios y á los pueblos de su supersticion: oponer á las brillantes fies-

tas del paganismo, á las imágenes agradables de una encantadora mitología y á todas las seducciones de las artes, una moral severa, ceremonias graves y los símbolos de un desprendimiento absoluto. No podia triunfar la fé sin combatir: las pasiones humanas estaban demasiado apegadas á la vida sensual para que aceptasen doctrina tan espiritual, pero tan severa, sin disputar la victoria: resistiéronse fuertemente reuniendo todos sus esfuerzos. A la voz de Pedro se convirtieron ocho mil jüfos y lloraron su error: laváronse con la sangre que habian vertido, y ya todas las pasiones y todos los intereses se arrojaron furiosos sobre el cristianismo que se presentaba á conquistar los corazones. Pedro es amarrado con cadenas, y Estévan muere apedreado; y he aquí el mas bello espectáculo de unidad en la doctrina y de tolerancia hácia los hombres, que jamas se dió al mundo. Ni las amenazas ni los tormentos retraen á los Apóstoles de anunciar el Evangelio á las naciones con toda su austeridad; pero no oponen mas que una caridad invencible y una dulzura inalterable á los malos tratamientos que sufren. Aumenta la persecucion, y crece la fé. Conviértese S. Pablo, se funda la Iglesia de Jerusalén, y entre tanto los hijos de la fé aprenden cada dia mas á no desear otra cosa que el cielo. Admiramos aquí la tolerancia de la Iglesia: esta buena madre, primero establecida entre los jüfos, estiende sus brazos hácia los gentiles, lejos de rechazarlos, para formar de unos y otros un mismo

árbol, un mismo cuerpo, un solo pueblo, al que hace participante de sus gracias y de sus promesas. Pero ¿quién podrá desconocer su adhesion inviolable á la unidad? Precisados los Apóstoles á obedecer la orden de su divino Maestro que le habia dicho: "Enseñad á todas las naciones," tratan de esparcirse por todo el universo para iluminarle con la antorcha de la fé. Antes de salir del recinto de Jerusalén, recopilarán en un cuerpo de doctrina los preceptos divinos que han recibido. Celebran un Concilio, en que Pedro habla el primero, como lo hace en todas partes. Tómanse algunas determinaciones para escimir de las ceremonias legales á los gentiles convertidos, y se reúne en forma de símbolo la doctrina que han aprendido en la escuela de Jesucristo. He aquí estas veinticinco líneas, destinadas á la instruccion de los pueblos y de los reyes, que sin alteracion atravesarán todas las edades; ante ellas se arrodillarán los mismos estermidores, vencidos al cabo de tres siglos de tormentos y matanza; amansada la ferocidad de los bárbaros respetará la moral que de ellas dimana. Despues de una lucha constante y prolongada, se verá la filosofia obligada á entregarle sus armas. Pero ¿qué tempestad debia levantarse contra la naciente Iglesia! ¿Cuán poderoso es el interés, especialmente si puede cubrirse con el manto de religion! No fué necesario mas para que el senado se decidiese á pronunciar contra el cristianismo los decretos mas amenazadores á fin de proscribirle, para que los

emperadores desenvainaran la espada con que habian de herirle, y para que el vulgo insensato se enfureciera con el recuerdo de la grande Diana de Efeso, é intentase destruirle. Amenazado simultáneamente el antiguo mundo pagano en sus vicios y en sus errores, se subleva y se traba la pelea.

Jamas han visto los hombres un combate mas asombroso: por un lado, la fuerza material y la mas grande que ha dominado la tierra en tiempo alguno; por otro, nada mas que el poder de la palabra: de una parte el furor, por otra la paciencia: los verdugos que descargan golpes sin cesar, y los cristianos que mueren sin quejarse. Neron, Domiciano, Trajano, Adriano, Marco-Aurelio, Maximino, Decio, Valeriano, Diocleciano y Galerio levantan cadalsos y encienden hogueras en todas partes: y los cristianos parece que sobreviven á los suplicios y renacen de sus propias cenizas. En virtud de las órdenes de estos suspicaces tiranos, ó son desterrados de muchas provincias, ó mas amenudo sacrificados en medio de los tormentos inventados con ingeniosa barbarie. Por espacio de tres siglos se ostentan contra ellos un furor y un fanatismo sin ejemplo: por un edicto se suprime hasta su nombre, y se buscan los libros sagrados para abolir su memoria. Rebosan las cárceles de víctimas, y los caminos están sembrados de cadáveres: en cada provincia se usa un género de suplicio: en Mesopotamia el fuego lento: en el Ponto la rueda, en Arabia el hacha, y el plomo derretido en Capadocia.

Látigos, garfios, agudos pedernales, planchas y asadores ardiendo, infusion de vinagre y sal en las llagas, humaredas sofocantes y hoyos para enterrar hasta la cintura, víctimas espuestas á los rayos abrasadores del sol y á la picadura de insectos venenosos: se agotan todas las invenciones de la inhumanidad mas refinada. Empléanse otros mil artificios, mas bien sugeridos por el infierno que discurridos por los hombres, para atormentar en su pudor á personas en quienes el terror no hace mella; pero triunfa la *unidad católica*: ni un solo cristiano prefiere la apostasía á la muerte.

Antes se cansaban los verdugos que las víctimas: los toca una virtud celestial emanada de la cruz, las hachas se les caen de las manos, y se postran ante aquel signo adorable que les promete en recompensa de su arrepentimiento la inmortalidad, y les prodiga esperanzas. Mucho tiempo hacia que la Providencia dejaba engrandecer el poder colosal cuya ruina debia realzar el brillante triunfo del cristianismo: el imperio romano habia llegado por una progresion siempre creciente de triunfos y conquistas, á estender su dominacion, cual nunca lo consiguiera ningun otro pueblo. Las artes, las ciencias y las letras habian concentrado allí todas las luces. En este momento, único en los fastos de la historia, en que todo el género humano, reunido casi bajo un mismo pendon despide su mayor brillo, despliega el hombre Dios crucificado su bandera. Opone Roma una larga resistencia; pero el cristia-

nismo triunfa. Desde entonces se cumplen los designios de Dios: quíebrase el coloso: la gloria profana de la antigua capital del mundo pagano está prócsima á desvanecerse. Pronto veremos á los padres conscriptos, aquellas brillantes lumbres del mundo, enagenarse de júbilo al condenar á Júpiter reconocido antes por dios del imperio, saltar de contento al vestir el manto de piedad, mas brillante á sus ojos que la toga romana, y humillar ante Jesus las faces y el hacha de Ausonia.

“En aquellos tiempos, dice el inmortal Bossuet (1), la Iglesia, aunque naciente, llenaba toda la tierra; y no solo el Oriente, donde habia comenzado, es decir la Palestina, la Siria, el Egipto, el Asia menor y la Grecia, sino tambien el Occidente; además de la Italia las diversas naciones de los galos, todas las provincias de España, el Africa, la Germania, la Gran Bretaña, en los parages impenetrables á los ejércitos romanos; y aun fuera del imperio la Persia, las Indias, los pueblos mas bárbaros, los sármatas, los dacios, los escitas, los moros, los gétulos y hasta las islas mas desconocidas.” En Trevilla de Tarso, capital de la Cilicia, irritado el pueblo contra su cruel gobernador, esclamó: “¡Cuán grande es el Dios de los cristianos! ¡Cuán grande es el Dios de los mártires!” La Iglesia se estendia por todas partes, principalmente por las Galias. S. Pablo aplica á los Apóstoles este pasage del Salmis

(1) Discurso sobre la Historia universal.

ta: se dejó oír su voz en toda la tierra, y su palabra llegó hasta la estremidad del mundo. Bajo la direccion de sus discípulos no quedó apenas pais tan distante donde no penetrase el Evangelio. Cien años despues de Jesucristo, S. Justino contaba ya entre los fieles á muchas naciones antes salvages y hasta pueblos nómadas. Notemos tambien la admirable *unidad* de la Iglesia: lo que se creia en las Galias, en España, en la Germania, se creia tambien en Egipto y en el Oriente: y como no habia mas que un sol para todo el universo, se veia en toda la Iglesia la misma luz de verdad desde una estremidad del mundo á la otra.

¿Quién dejará de admirar aquí la intervencion de un poder todo divino? Vanos han sido los esfuerzos para abortar innumerables sistemas con que negarla. Atribúyase á lo que quiere llamarse ignorancia de los pueblos engañados por la perversidad de algunos impostores, á la consecuencia necesaria de un progreso social imaginario, á accidentes de lugar y de clima, á cálculos políticos ó afinidades de castas; ó bien en lugar de sostener esclusivamente tal ó cual teoría, reúnanse todas y atribúyase este progreso maravilloso á una serie de circunstancias favorables, al estado de cansancio en que se hallaban los pueblos de su culto, á la diseminacion de los judíos y á la proteccion de Roma, á la universalidad de la lengua griega, y aun si se quiere al entusiasmo bebido en el manantial mas puro de los misioneros salidos del pueblo. La recta razon ha condenado todos estos sis-

temas, y todos han tenido precision de rendir homenaje á la intervencion directa y constante de Dios en la memorable obra de la regeneracion social, que hoy convierte todas las objeciones de los filósofos en otras tantas pruebas de conviccion; porque en el instante que estas dificultades, que entonces tenian mas fuerza que al presente, se han eclipsado á vista de los hechos, como los astros de la noche delante de una brillante aurora; quedan desde luego destruidas. Cuantos mas obstáculos y mas insuperables ha debido encontrar el cristianismo, mas debemos reconocer la accion de la divinidad en el cambio universal que se efectuó. ¿Y qué prueba mas evidente se podria aducir que el modo con que se verificó?

Entre los principales reglamentos que se propusieron á Augusto, uno de los primordiales fué evitar novedades en la religion; porque nunca dejaban de causar peligrosas conmociones en los estados. “La mácsima era verdadera, dice Bossuet, porque no hay cosa que mas agite los ánimos, y los impulse á extraordinarios escesos. Y sin embargo, la fé en los misterios mas incomprensibles, y la moral que doblega con tanta violencia la corrompida naturaleza en sentido contrario á sus imperiosas inclinaciones, se propagaron por toda la tierra sin escitar turbulencias. Esta es una de las maravillas que demuestra que Dios puso sus manos en esta obra. Que contemplen el catolicismo desde su cuna los que le acusan de intolerancia. Jamas se les presentará sin los símbolos de la union y de la caridad, como

un vínculo que todo lo une y enlaza, para establecer y propagar en el mundo ese amor de fraternidad que hace del universo un especioso templo, cuya bóveda es la azulada de los cielos, y de todo el género humano una gran familia, cuyo único padre es Dios.

¿Quién no se sorprenderá al ver que por espacio de trescientos años en que la Iglesia tuvo que sufrir todas las crueldades que la rabia de los perseguidores pudo inventar; entre tantas sediciones y guerras civiles; entre tantas conjuraciones contra las personas de los emperadores, no se haya jamas hallado ningun cristiano? Tertuliano (1) desafiaba á los mayores enemigos del cristianismo á que nombrasen uno solo. Es verdad que en el reinado de Neron fueron acusados estos hijos de la fé de haber intentado incendiar á Roma; pero la verdad se traslució por entre las tinieblas de la mas odiosa calumnia, y por haber sido quemados como teas incendiarias los supuestos autores de aquel atentado, no han sido reputados culpables de él. Unos hombres tan determinados á morir, y cuyo heroismo por la fé arrostraba todos los peligros, llenaban el imperio y los ejércitos; y en medio de sus largos y penosos sufrimientos, jamas promovieron la menor sedicion, y se abstenerian, asegura Bossuet, hasta de murmurar. El dedo de Dios estaba en esta obra, y ninguna otra mano que la suya hubiera podido contener á unos hombres

(1) Apolog. 35 y 36.

exasperados con tantas injusticias. La doctrina cristiana inspiraba tal veneracion á la potestad pública, y la impresion que hizo en todos los ánimos esta expresion del Hijo de Dios: Dad al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios, fué tan profunda, que jamas dejaron los cristianos de respetar la imágen de Dios en los príncipes perseguidores de la verdad. Segun Tertuliano, se juntaban en las ocasiones en que sucedia á la tempestad la calma, para orar en favor de sus emperadores y sus verdugos. Este carácter de sumision resplandece tanto en todas sus apologías, que aun hoy deben inspirar á los que las conocen, la obligacion de mantener el orden público.

Se habia propuesto á la humana inteligencia un gran problema político para que le resolviese, y la inteligencia humana no habia podido hallar su solucion. Consistia en ofrecer á los pueblos una seguridad contra la tiranía, al mismo tiempo que se le prohibe la resistencia activa á la opresion. Solo el cristianismo le ha resuelto, mostrando á las naciones en su príncipe un soberano y un padre encargado de proporcionar á todos la paz y la tranquilidad contra los atentados de la violencia y de la injusticia, y en la corona que se halla rodeada del fausto, una honrosa servidumbre para con los pueblos, supuesto que el príncipe les es deudor de una solicitud no interrumpida y hasta de su vida para protegerlos y defenderlos. El les impone como ley la sumision, y les prohibe la resistencia apoyada

con las armas. Estas son las severas máximas del Evangelio sobre la magestad inviolable de los soberanos. Esta doctrina sobre la fidelidad debida á los poderes constituidos, es una verdad; nosotros así lo creemos; y por eso nos compadecemos de la desgracia de nuestros hermanos que se apartan de ella, aunque por otra parte comprendemos que hay situaciones difíciles y delicadas que atenúan las faltas y disminuyen la culpabilidad.

La caridad es la palabra mas hermosa, así como la fórmula mas general de la moral cristiana. Solo un Dios era capaz de establecer su reinado, y de esplicarnos todos sus deberes. Asociando á la beneficencia todos los sentimientos de una igualdad verdadera y legítima, es como el cristianismo ha llegado á regenerar el mundo; y será siempre la fianza mas segura y la única indestructible del orden y la libertad. Tal es el brillante espectáculo que sin cesar ha dado al universo admirado. Interin los idólatras y judíos eran víctimas de los odios y divisiones intestinas, todos los hijos de la fé no tenían mas que el mismo espíritu y el mismo corazón. Distinguianse los cristianos por su caridad desprendida de intereses terrenos; y los enemigos del Evangelio, sorprendidos de este generoso desinterés, les tributaban con admiracion este testimonio á manera de elogio: ¡mirad cómo se aman! El mismo Juliano apóstata estaba tan admirado de la fraternidad evangélica, que no cesaba de escitar á los paganos á que se uniesen de este modo en todo el

ámbito de la tierra: hubiera querido que los sacerdotes del helenismo tuviesen la virtud de los hijos de la cruz. ¿No responden completamente estos hechos sin réplica á las acusaciones de intolerancia que se han entablado contra el espíritu del cristianismo? Hoy, lo mismo que siempre, es uno, y sin embargo tolerante.

Después de tres siglos de persecuciones, Constantino terminó esta lucha sangrienta con un edicto memorable, y dió la paz á la Iglesia, colmándola de honores. Se le había aparecido en el cielo el signo de la salvación con una inscripción que le prometía la victoria, y al siguiente día ganó aquella célebre batalla que libertó á Roma de un tirano, y de un perseguidor al cristianismo. Este triunfo fué para aquel príncipe lo que el de Farsalia había sido para el primero de los Césares: un título para la universal dominación. No atribuyó esta victoria ni á su táctica militar, ni al valor de los soldados, sino exclusivamente á la protección del Dios de los cristianos, cuya adorable enseñanza se la había presagiado. Este testimonio está inscrito por su misma mano en los fastos de la historia. No podemos creer que la ambición, por **mas** que se haya dicho, tuviese ninguna parte en su conversión. Adoptó el cristianismo por el conocimiento de la bondad y de la verdad, y se dice que estuvo muy lejos de comprender todas las ventajas que podía recoger de su conversión para él y para su dinastía.

Mas apenas rodeó la cruz con una aureola de

gloria, cuando se convirtieron las disidencias religiosas en contiendas públicas. Apenas rota la espada de la persecución, servía de trofeo del cristianismo en el mundo material, cuando principió la lucha en el pensamiento. Acabados los tormentos del paganismo, comenzaron los combates de las heregías. Cada dogma fué ocasión de una particular: todos los misterios que la Religión cristiana enseña, así á los mayores ingenios como á la infancia, fueron sucesivamente impugnados. Pero el cristianismo invencible contra los tiros exteriores, no obtuvo menos señalado triunfo de las disensiones intestinas, y esto es lo que forma el segundo carácter de los seis primeros siglos: los atrevidos atentados del espíritu de error contra las verdades de la fé y una inteligencia sublime de doctrina en los Sumos Pontífices, los santos Padres y los Concilios para defenderlas. Entonces como siempre se mostró el cristianismo *invariable, y con todo favorable al progreso.*

¿Quién podría enumerar todas las tentativas de los novadores para trastornar el fundamento de las verdades divinas, y modificar los artículos de inmutable símbolo? ¿Quién podría pintar con sus propios colores la eficacia de la palabra, y la grandiosa esposición en que la elocuencia de los padres supo revestir la verdad de su colorido mas verdadero para responder á las sutilezas de los hereges? ¿Fué una enseñanza autorizada, que dando al catolicismo un carácter propio de su dignidad y gran

deza, hacia progresar la inteligencia humana, y le señalaba los límites sagrados que no podía traspasar so pena de caminar hácia atras? La razon guiada por la fé adelantó asombrosamente en las grandes esplicaciones dogmáticas, y en medio de las luchas intelectuales en que tanto se ejercitó. Ya habia producido la filosofia pagana el montanismo y el gnosticismo; pero S. Ireneo les opuso la tradicion y la autoridad de las Iglesias apostólicas, sobre todo la de Roma, la principal de todas. Aparecieron Tertuliano y Orígenes; mas ni las heregías, ni la caida de aquellos ilustres doctores habian hecho vacilar la fé católica. Pablo de Samosata, hombre vano é inquieto, enseñó su opinion judaica acerca de la persona de Jesucristo; pero fué convencido y condenado en el Concilio de Antioquia. Los novacianos y donatistas procuraron trastornarlo todo en la creencia de los fieles de Africa; pero un Concilio congregado primeramente en Roma y despues en Arlés, donde se presentaron para defenderse, los condenó. Todas las verdades fundamentales fueron combatidas: pero fecundó el catolicismo en grandes hombres, triunfó de todos los errores.

Preséntase Arrio. Enemigo de la divinidad del Hijo de Dios la combate: sus sectarios, superiores á todos los demas en talento y en virtudes aparentes, se esfuerzan para pervertir los Concilios, y alterar los símbolos. Constancio, nuevo perseguidor del nombre cristiano, se manifestó tanto mas temible,

cuanto que con el nombre de Jesucristo, hacia la guerra á Jesucristo mismo: pero venció la fé cristiana del artificio como de la violencia, de los lazos y de la irrision como habia triunfado de la espada y de los suplicios.

El Concilio de Nicea habia pronunciado ya anatema contra Arrio y su nueva doctrina. Macedonio niega la divinidad del Espíritu Santo: el Concilio de Constantinopla le condena. Celestio y Pelagio negaron el pecado original y la gracia, en cuya virtud somos cristianos; y S. Agustin confundió á estos perniciosos hereges, y con sus escritos ilustró á toda la Iglesia, á quien ninguna heregia logró corromper. Nestorio dividiendo la persona de Jesucristo, negaba á María el título de madre de Dios; pero el Concilio de Efeso depuso á Nestorio; y la doctrina de S. Cirilo, que era la de la Iglesia, fué celebrada en todo el mundo. A los veinte años Eutiques confundió las dos naturalezas en Jesucristo; y el Concilio de Calcedonia condenó á Eutiques y á su protector Dióscoro. El segundo de Constantinopla, que fué el quinto general, condenó algunos escritos favorables á Nestorio, la memoria y los escritos de Teodoro de Mopsuesta que fué el centro del racionalismo en Oriente, y los libros de Orígenes, que habian introducido allí el desorden hacia mas de un siglo.

Así se vió á la heregia, unas veces cediendo, otras audaz, tomar todas las formas y cubrirse con todas las máscaras. Pero el cristianismo, invaria-